

El conocimiento de sí: el primero y principal provecho de la noche (1N 12, 2)

FCO. JAVIER SANCHO FERMÍN, OCD
Universidad de la Mística (Ávila)

Recibido el 15 de enero de 2019

Aceptado 26 de enero de 2019

RESUMEN: Conocer y conocerse son dos términos claves en la experiencia espiritual y mística. Juan de la Cruz nos ayuda a entender la importancia y centralidad que juega este dinamismo en el proceso de crecimiento de la persona. La Unión de amor acontece solo desde la humanidad conocida, aceptada y amada por la persona misma. Juan de la Cruz nos ayuda a entender cómo la carencia de este conocimiento puede influir muy negativamente en el desarrollo humano y espiritual. Y cómo puede ser un freno en la verdadera vivencia de la fe.

PALABRAS CLAVE: autoconocimiento, mística, pedagogía, hombre, principiante, egocentrismo, soberbia, envidia

Self-knowledge: the first and principal benefit of the night of the soul (1N 12, 2)

SUMMARY: Knowledge and self-knowledge are two key concepts in spiritual and mystical experience. John of the Cross helps us to understand the importance and centrality of this dynamic in the growth process of the human person. The Union of Love can only occur on the basis of a humanity recognized, accepted and loved by each person. John of the Cross helps us to understand how the lack of this knowledge can be detrimental to human and spiritual development and act as an impediment to a true experience of faith.

KEY WORDS: Self-knowledge, mysticism, pedagogy, human person, beginner, egocentrism, pride, envy.

INTRODUCCIÓN¹

Hoy ya podemos afirmar con toda certeza la gran importancia que tiene en el desarrollo armónico y personal un sano y correcto conocimiento de sí mismo. Sin esta mirada atenta y realista al sí mismo, la persona corre demasiados riesgos en la vida, tanto de ser manipulada, como la construcción de una vida sobre cimientos inexistentes o contruidos sobre arenas movedizas que difícilmente van a dar la consistencia al individuo frente a los retos de la vida.

Incluso en el inmenso y desconcertante mundo de la “autoayuda”, ya sea en forma de literatura, o de grandes eventos, o de tendencias centradas en un camino de meditación *light* y arreligioso, se subraya la conciencia de ser tú mismo como elemento clave. Ciertamente que tantas veces se manipula, haciendo creer a la persona que puede llegar a ser aquello que proyecte en su mente, y termina reconduciendo ese conocimiento propio al haz de ti lo que quieras ¡Nada más lejos de lo que es e implica un realista conocimiento de sí!

Pero más allá de la problemática que emerge en relación con este tema, prestar la mirada a su importancia en el contexto de la mística, revela, por un lado, el gran realismo humanista que conlleva en sí el desarrollo de una verdadera vida mística y contemplativa; y por otro lado, nos ayuda a ver cómo nuestros místicos —concretamente Juan de la Cruz— han sabido descifrar cuál es el fundamento de un auténtico desarrollo humano y espiritual, aspectos que nunca se solapan, sino que se iluminan y necesitan mutuamente. Una vida espiritual o de oración no asentada sobre el conocimiento realista de sí (asentada en verdad, diría Teresa²), en vez de beneficioso y saludable se puede convertir en un freno en el desarrollo personal o en un círculo vicioso.

¹ En el modo de citar las obras de san Juan de la Cruz seguimos la utilización habitual de las siglas de sus obras: CB: *Cántico Espiritual*; LB: *Llama de amor viva*; N: *Noche Oscura*; S: *Subida del Monte Carmelo*. Tomamos las citas de la edición preparada por Eulogio Pacho: JUAN DE LA CRUZ, *Obras completas*, (Burgos: Ed. Monte Carmelo, 1982).

² “... porque espíritu que no vaya comenzado en verdad yo más le querría sin oración” V 13, 16. Citaremos los escritos de Teresa siguiendo las siglas habituales: M: Moradas; V: Libro de la Vida. Seguimos la edición preparada por

Ya el mismo san Agustín lo coloca al centro del viaje espiritual y humano, principio inamovible para una exitosa aventura de la vida. Herederos doctrinales, pero sobre todo seguidores de ese mismo camino son nuestros Santos que en ningún momento han olvidado evidenciar la importancia del tema. El problema, quizás, es que aún somos duros de cabeza y llenos de prejuicios a la hora de leerlos y de descubrir el verdadero trasfondo de su mensaje, y de los sabios consejos que nos presentan para que el viaje de la vida, sea un viaje hacia la plenitud, hacia la unión de Amor. De hecho, aunque es un tema que comienza a abrirse camino en el estudio de la mística, sigue estando ausente de los grandes tratados o estudios doctrinales.

Aun teniendo en el horizonte la amplitud de toda la obra sanjuanista, en este trabajo queremos centrar la mirada principalmente en el libro de la *Noche*. Necesario será tener el panorama del proceso espiritual que ya presentaba en el libro de la *Subida*³.

Como es sabido el libro de la *Noche* completa el camino de la noche ya iniciado en *Subida*. Allí centraba el Santo la atención en las perspectivas “activas” del proceso, y en *Noche* centra su atención principalmente en la “pasiva”, pero tanto desde la perspectiva del sentido como del espíritu.

1. LA IMPORTANCIA DEL CONOCER EN LA VIDA ESPIRITUAL.

LA NOCHE COMO LA PEDAGOGÍA DEL DAR LUZ A LA IGNORANCIA

Cuando se habla de mística en el ámbito de la teología una de las cuestiones que parece preocupar a muchos es la de definir su esta-

el P. Tomás Álvarez, TERESA DE JESÚS, *Obras Completas*, (Burgos: Ed. Monte Carmelo, 1997) (8ª ed.).

³ En otro artículo ya he tenido la oportunidad de estudiar este tema en relación con el libro de la *Subida*: F. J. SANCHO FERMÍN, *El conocimiento de sí en la oración y en el sano desarrollo espiritual Una perspectiva de comprensión del libro de la Subida*, en F. J. SANCHO FERMÍN-R. CUARTAS LONDOÑO, *Subida del Monte Carmelo de San Juan de la Cruz. Actas del I Congreso Mundial Sanjuanista*, (Burgos: Grupo Editorial Fonte-Monte Carmelo-Universidad de la Mística-CITeS, 2018), 593-615.

tuto epistemológico. Algo posiblemente necesario pero que tiende a condicionar y limitar lo que en definitiva termina siendo el saber o conocer por vía de experiencia. Propiamente este sería el lugar epistemológico de la mística: un conocer que emerge de la experiencia, generalmente en un plano que supera la conceptualización y reducción al ámbito conceptual. Y de ahí, por un lado, la dificultad de esa “definición”, pero, por otro lado, la riqueza de este conocer que, en definitiva, acontece como un don.

Pero, ¿no es todo conocer un don? Conceptualizable o no, inefable o no: la verdad es siempre algo que se me da, que se me regala, y que yo “alcanzo” solo en la medida en que me abro ante ella. Esto mismo acontece en la experiencia mística, si bien en un grado tan elevado que solo es posible barruntar algo de lo que allí emerge. Y no me refiero tanto a las experiencias o fenómenos concretos, cuanto al proceso pasivo del cual el hombre se siente partícipe por puro don de Dios, que le va haciendo capaz de una apertura más allá de lo finito y conceptualizable. En este sentido el acercamiento más auténtico a lo que implica el conocer místico, encuentra su mejor analogía epistemológica en el método fenomenológico, que al igual que el místico, necesita de una ascesis y liberación conceptual y de prejuicios para disponerse a una apertura-conciencia-experiencia de la verdad. De ahí la importancia que adquiere para el santo la vida teologal, como disposición, preparación y ensanchamiento al modo de Dios de nuestras capacidades humanas. Es una idea inherente a cuanto desarrolla en *Subida*, pero que también deja explícita en *Noche*:

“Lo cual no es otra cosa sino alumbrarle el entendimiento con la luz sobrenatural, de manera que de entendimiento humano se haga divino unido con el divino; y, ni más ni menos, informarle la voluntad de amor divino, de manera que ya no sea voluntad menos que divina, no amando menos que divinamente, hecha y unida en uno con la divina voluntad y amor; y la memoria, ni más ni menos: y también las afecciones y apetitos todos mudados y vueltos según Dios divinamente” (2N 13, 11).

Juan de la Cruz nos ofrece, precisamente en el libro de la *Noche*, una de las definiciones más acertadas de lo que implica y significa la mística o teología mística, que nos abre a un campo del conocimien-

to más en la línea de lo que hoy entendemos por inteligencia emocional-espiritual, que no simplemente un reduccionismo al ámbito racionalista. Un conocimiento por vía de amor:

“Primeramente llama secreta a esta contemplación tenebrosa, por cuanto, según habemos tocado arriba, ésta es la teología mística, que llaman los teólogos sabiduría secreta, la cual dice Santo Tomás que se comunica e infunde en el alma por amor... por cuanto el Maestro que la enseña está dentro del alma sustancialmente, donde no puede llegar el demonio, ni el sentido natural, ni el entendimiento” (2N 17, 2; cf. 2N 5, 1).

Y más contundente resuena en estas otras palabras:

“La contemplación es ciencia de amor, la cual... es noticia infusa de Dios amorosa, que juntamente va ilustrando y enamorando el alma hasta subirla de grado [en grado] hasta Dios, su Criador, porque solo el amor es el que une y junta el alma con Dios” (2N 18, 5).

Pero más que entrar en esta problemática, lo que realmente quiero es dejar de manifiesto la importancia y centralidad que para el Santo adquiere el “conocer”, como base necesaria para favorecer el crecimiento y progreso en el camino espiritual, en el proceso hacia la realización de la vocación del hombre. Así, por ejemplo, se deduce de cuanto afirma el Santo cuando habla del sufrimiento de los principiantes: “sufren por el recelo que tienen de que van perdidos en el camino, pensando que se les ha acabado el bien espiritual y que los ha dejado Dios” (1N 10, 1); y siempre corren el peligro de que “si no hay quien los entienda, vuelven atrás, dejando el camino, aflojando, o, a lo menos, se estorban de ir adelante” (1N 10, 2). Son solo dos breves ejemplos de la importancia del “conocer” para favorecer un proceso positivo y ascendente en la persona, al menos en lo que se refiere a la vida espiritual. Idea que ya estaba muy presente en el objetivo del libro de *Subida*⁴.

⁴ “Por lo cual es recia y trabajosa cosa en tales sazones no entenderse una alma ni hallar quien la entienda. Porque acaecerá que lleve Dios a una alma por un altísimo camino de oscura contemplación y sequedad, en que a ella le parece que va perdida, y que, estando así, llena de oscuridad y trabajos, aprietos y tentaciones, encuentre quien le diga, como los consoladores de Job (Jb 2, 1113) o que es melancolía, o desconsuelo, o condición, o que podrá ser alguna malicia oculta

En el trasfondo, la gran preocupación del santo escritor, particularmente cuando afronta los escritos en prosa, consiste principalmente en sacarnos de la ignorancia, que entapona la mente y el corazón. Es una cuestión que emerge con rotunda claridad en todas sus obras. La ignorancia, el desconocimiento..., son de las barreras más conflictivas en el desarrollo humano y espiritual⁵. Al fin y al cabo, los procesos siempre están condicionados por la idea que uno tiene o se hace de la meta a la que debe llegar, y por el conocimiento concreto que tiene de sí mismo y de Dios.

En el libro de la *Noche*, más concretamente, parece emerger una de las principales preocupaciones del Santo, tanto en el ámbito pastoral y de la dirección espiritual, como en el ámbito formativo de la vida espiritual y religiosa. *Noche*, en gran medida, es una denuncia abierta contra una mentalidad religiosa dañina y enfermiza. De hecho, el Santo no ahorra palabras para denunciar actitudes totalmente erradas pero canonizadas y difundidas profusamente en el ámbito de la religiosidad y de la vida de la fe.

En este sentido creo que el libro de la *Noche* va mucho más allá en la intencionalidad del autor de lo que implícitamente siempre hemos leído e interpretado. Creo que Juan intenta fundamentar una pedagogía espiritual capaz de dar luz al oscurantismo religioso; y emerge la gran paradoja, que la noche es imprescindible para que la oscuridad aparezca iluminada; que la noche o crisis es imprescindible para que la persona salga de su propia comodidad y del aburguesamiento de su ego, hacia la verdadera libertad de espíritu. Solo así es posible el crecimiento. Solo la noche puede romper y abrir a la persona hacia un espacio de crecimiento.

La solución pasa por la denuncia y el conocimiento: sin una mirada realista al sentido del camino espiritual, a los retos y dificultades, a las exigencias inherentes al proceso, lo más lógico es que

suya, y que por eso la ha dejado Dios; y así, luego suelen juzgar que aquella alma debe de haber sido muy mala, pues tales cosas pasan por ella” (S pról. 4).

⁵ Algo de lo que con contundencia también se hace eco Teresa de Jesús en 1M 1, 2.

la persona termine estancada en el camino, pensando que ya no es posible ir más allá, que ya no hay nada que hacer, y que no queda más que conformarse con una “mediocridad” espiritual.

Juan de la Cruz es profundamente revolucionario y actual también en esta perspectiva de una pedagogía espiritual inconformista. Tantos procesos, los propios y ajenos, seguramente se han estancado por falta de luz, por falta de una visión clara, o por habernos sumergido en el círculo de nuestra propia autojustificación y recreación espiritual. Un círculo vicioso del que no salimos si no nos abrimos, liberados de nuestros prejuicios, a reconocer que ya tenemos profetas como Juan, que si les escuchamos y nos dejamos examinar y cuestionar por él, nos va a ayudar a salir del círculo oscuro de nuestro ego espiritualizado y disfrazado.

Sí, un círculo oscuro que tantas veces leemos e interpretamos falsamente como “nuestra noche oscura”, y que ni siquiera nos preocupamos de ver lo que es la noche de la que habla el Santo, que no se puede confundir con esa noche u oscuridad que es fruto del embotamiento propio, y no de adentrarnos en el camino de la contemplación de la fe.

Por eso el conocer qué nos propone el Santo, no es conceptual, sino existencial: un conocer que es un renunciar a saber y controlar, (“un saber no sabiendo, toda ciencia trascendiendo”); un conocer que tiene más que ver con el sentido de lo que sería la contemplación: abrir los ojos, la mente, el corazón, liberarnos de nuestros prejuicios, abrírnos a la auténtica humildad, que nos hace receptivos a la Verdad que se nos ofrece, pero que no podemos atrapar. Por eso sin conocimiento no es posible realizar correctamente el camino.

Y en este ámbito del conocer, de un entendimiento que en la noche pasiva del espíritu se ve divinizado, la persona se abre al mismo entendimiento de Dios: sublime, inabarcable, experimentable y transformador, pero no conceptualizable. Aunque para el Santo la prueba más evidente de este conocimiento es el cambio de la propia vida, la superación total del egocentrismo con todo lo que ello conlleva como consecuencia.

Y dentro de este conocer adquiere un valor primordial el conocimiento de sí, sobre el cual centramos la atención. Si bien, en un sentido amplio, todo lo que nos presenta el Santo de una u otra forma implica a este conocimiento propio, que se verá favorecido e iluminado siempre en este proceso.

2. RECORDANDO SU LUGAR EN SUBIDA⁶

Pero antes de entrar de lleno en cuanto *Noche* nos ofrece al respecto de esta cuestión, creo que puede ser de gran valor recordar algunos elementos que ya el Santo nos anticipaba en el libro de la *Subida*.

Es en el libro de la *Subida*, en el que Juan de la Cruz se centra en aquello que la persona puede hacer de su parte para madurar en el camino humano y espiritual, y por eso denomina a esas fases del camino como noche activa, del sentido y del espíritu. La propuesta del Santo pasa, necesariamente, por ayudarnos a tomar conciencia de nosotros mismos. Conocer y reconocer nuestros mecanismos naturales y espirituales, nos lleva a la conciencia de qué es lo que verdaderamente nos frena en el proceso de crecimiento, y cómo nos pueden condicionar y cegar en la vida nuestros propios sentidos, si nos dejamos guiar solo por ellos. La toma de conciencia o conocimiento de sí será un paso previo y necesario para descubrir los condicionantes y frenos que nuestra naturaleza puede ocasionar. En este sentido, el conocimiento de sí abarca, no solo la consideración de la propia vida y su sentido, sino que se abre a comprender todos los mecanismos inherentes a la condición natural y espiritual que pueden favorecer e implementar el desarrollo armónico de la persona.

La misma perspectiva de la vida teologal en la que centra concretamente la mirada el Santo en el libro de la *Subida* apunta a un examen interior y profundo donde la persona ha de ir ejercitándose,

⁶ Sintetizo brevemente cuanto ya he presentado en el artículo anteriormente citado: F. J. SANCHO FERMÍN, *El conocimiento de sí en la oración y en el sano desarrollo espiritual Una perspectiva de comprensión del libro de la Subida*. Allí remitimos para ampliar estos contenidos.

abriéndose al descubrimiento de sí misma, de los impedimentos que obstaculizan su camino, ya que solo así puede darse un proceso activo de crecimiento, tanto en lo que afecta a la dimensión instintiva y sensitiva, como en lo que afecta a las potencias mayores (voluntad, entendimiento y memoria) y al desarrollo de la misma vida teologal.

En este sentido, nos topamos con una coincidencia fundamental entre Teresa de Jesús y Juan de la Cruz. Teresa lo considera explícitamente fundamental en todo el camino, incluso en las moradas más altas⁷. Y Juan de la Cruz lo enmarca en lo que hoy denominaríamos el desarrollo de una “atención o conciencia plena”⁸.

Frecuentemente se interpreta la noche como una etapa del camino, o como la prueba. Pero una lectura atenta del libro de *Subida* y de *Noche* termina convenciéndonos de que la noche está siempre presente en el camino, es más, entrar en la noche de la fe es la esencia del camino⁹.

Estas afirmaciones, resultado sintético de un acercamiento a la obra de la *Subida*, nos confirman en la idea de que uno de los objetivos directos que se propone el Santo parece ser ayudar e iluminar el proceso de humanización que solo acontece desde la apertura al conocimiento de sí. Tanto más necesario en aquello que de una manera directa depende de la disposición del sujeto y del empeño de su voluntad (noche activa).

⁷ Véase, por ejemplo, en la obra teresiana: V 13, 15; 1M 1, 1-2. Y de Juan de la Cruz CB 1, 4.

⁸ Cf. CB 1, 1.

⁹ Y así lo deja en evidencia en 2S 2, 1: “Por tres cosas podemos decir que se llama noche este tránsito que hace el alma a la unión de Dios. La primera, por parte del término [de] donde el alma sale, porque ha de ir careciendo el apetito de todas las cosas del mundo que poseía, en negación de ellas; la cual negación y carencia es como noche para todos los sentidos del hombre. La segunda, por parte del medio o camino por donde ha de ir el alma a esta unión, lo cual es la fe, que es también oscura para el entendimiento, como noche. La tercera, por parte del término adonde va, que es Dios, el cual, ni más ni menos, es noche oscura para el alma en esta vida. Las cuales tres noches han de pasar por el alma, o, por mejor decir, el alma por ellas, para venir a la divina unión con Dios.”

Por eso, la insistencia del Santo a través de esta obra en ayudarnos a percibir los diversos mecanismos que forman parte del funcionamiento de la sensibilidad y de la psique humana, lo cual nos ayuda en el proceso de autocomprensión y facilita la actuación eficaz sobre uno mismo. Así, los aspectos emergentes que en *Subida* ya se presentaban en relación al conocimiento propio serían:

- La importancia y el papel del conocimiento de sí para el desarrollo humano y espiritual
- La llamada a conocer nuestra naturaleza sensitiva y emocional
- Despejar el panorama, aportando pistas de comprensión, de lo que afecta a la dimensión espiritual del ser humano, un ámbito aún más desconocido: “porque pocos hay que sepan y quieran entrar en esta suma desnudez y vacío de espíritu” (2S 7, 3).

Tener en cuenta estas perspectivas desarrolladas por el Santo en el libro de la *Subida*, nos ayuda mejor a contextualizar el tema en *Noche* y a comprender su centralidad e importancia.

3. EL PRIMER Y FUNDAMENTAL FRUTO DE LA NOCHE PASIVA DEL SENTIDO

Si *Subida* ya nos hablaba de la centralidad del conocimiento de sí en el proceso activo de crecimiento humano-espiritual, la perspectiva pasiva de la noche, no solo lo vuelve a evidenciar, sino que resalta aún más su importancia.

Resuena con gran fuerza la conclusión a la que llega el Santo después de habernos presentado el proceso de la noche pasiva del sentido:

“Y este es el *primero y principal provecho* que causa esta seca y oscura noche de contemplación: *el conocimiento de sí y de su miseria*. Porque, demás de que todas las mercedes que Dios hace al alma ordinariamente las hace envueltas en este conocimiento, estas sequedades y vacío de la potencia acerca de la abundancia que antes sentía y la dificultad que halla el alma en las cosas buenas, *la hacen conocer de sí* la bajeza y miseria que en el tiempo de su prosperidad no echaba de ver” (1N 12, 2)¹⁰.

¹⁰ La cursiva es nuestra.

Varios aspectos emergen de aquí en relación a la importancia y centralidad del conocimiento de sí:

- Que el Santo considera como el *principal y primer provecho* de la noche que la persona se adentre por la vía del conocimiento de sí y de su miseria.
- Hablar de provecho es hablar de algo que tiene *efectos y resultados directamente sobre la persona*, y que será necesario también para poder progresar.
- *Todas las mercedes las hace Dios envueltas en este conocimiento*: es decir, los aspectos que forman parte del proceso los considera el Santo como necesarios precisamente para potenciar este conocimiento: y así las mismas pruebas forman parte necesaria del camino para entrar en el conocimiento real de la propia bajeza y miseria.
- Con ello el Santo está invitando a *descubrir el valor positivo de las situaciones aparentemente “negativas” del propio proceso*: porque van favoreciendo en la persona la mirada hacia lo esencial, a descubrirse a sí misma, no dejándose atrapar o engañar por apariencias o experiencias inmediatas.

En este sentido también el Santo ya nos está señalando que todo lo que nos ha presentado en los capítulos anteriores forma parte de ese proceso del conocimiento de sí. Y así los mismos vicios de los principiantes, que ocupan gran parte del primer libro de la *Noche*, serían señales para concluir cuán lejos está la persona de la senda de un verdadero conocimiento de sí. En el fondo, los pecados capitales son la *expresión moral, si queremos, de una aptitud psicológica y antropológicamente errada, que anula la percepción real de lo que uno es*, y lo sumerge en un estado de autoengaño y egocentrismo espiritual no siempre fácil de derribar. En el trasfondo esta insistencia del Santo en entrar en el inconsciente espiritual y dismantelar sus mecanismos narcisistas de protección, es como un eco de las constantes denuncias de Jesús a los fariseos.

La lógica sanjuanista es evidente, y ello lo percibimos de manera contundente cuando habla de los vicios o defectos de los principian-

tes: todo termina remitiendo a lo mismo, *quien se posiciona por encima de los demás*, quien se deja ofuscar por sus propios intereses y gustos, es porque en el fondo no se ama a sí mismo, no se acepta en lo que es, y necesita construir una “personalidad” con la que defenderse, protegerse y autojustificarse. Y *quien no se ama y no se acepta es porque no se conoce*.

El discurso de Juan se mueve en la línea de una denuncia sanadora de la persona. Por eso hay factores importantísimos que quiere claramente desterrar de la persona, más dañinos cuanto más se enquistan o esconden en la propia interioridad. Se podría hablar de la *necesidad de un cambio de perspectiva de la persona frente a sí misma*, para que sea capaz de *superar el narcisismo egocéntrico colocándose ante el espejo mágico de la verdad*, que es lo que Juan nos presenta al ofrecer un diagnóstico de los peligros a los que puede sucumbir el principiante. Síntoma evidente es la búsqueda del gusto o placer personal en lo espiritual: “por esta golosina tienen tan poco conocida su bajeza y propia miseria y tan echado aparte el amoroso temor y respeto que deben a la grandeza de Dios” (1N 6, 4) Actitud que impide la apertura al conocimiento de sí.

Esto se traduce en la necesidad de un cambio sustancial de mentalidad religiosa, imprescindible en el proceso espiritual: *del egocentrismo al dioscentrismo*, es decir, del protagonismo personal, al reconocimiento de que todo es don y obra de Dios. Dicho con otras palabras, pasar de la mentalidad *del mérito a la de la gratuidad*, algo tan metido en la práctica religiosa, y de lo que tan difícilmente nos liberamos.

Este “cambio de chip” que el Santo considera fundamental en el progreso espiritual y humano, supone asumir, también en el plano religioso, lo que desde una perspectiva humana nos parece fundamental, o al menos así lo consideran las ciencias humanas: dejar de moverse por el gusto para empezar a moverse por la razón y la responsabilidad, es decir, dejar el egoísmo infantil para asumir la responsabilidad del adulto:

“Se gozan en el cielo de que ya saque Dios a esta alma de pañales, de que la baje de los brazos, de que la haga andar por su pie, de que también,

quitándola el pecho de la leche y blando y dulce manjar de niños, la haga comer pan con corteza, y que comience a gustar el manjar de robustos” (1N 12, 1).

Juan de la Cruz es muy consciente de lo difícil que resulta librarnos de ese ego que no quiere renunciar a ser el protagonista. Así, por ejemplo, hablando de las sequedades en la oración y de la necesidad de permanecer en ese camino, afirma: “Y aunque más escrúpulos se vengan de que pierde tiempo y que sería bueno hacer otra cosa, pues en la oración no puede hacer ni pensar nada, súfrase y estése sosegado” (1N 10, 5). Situación que pone en evidencia la problemática del protagonismo del ego, que aún sigue buscándose a sí mismo en la oración y en el gusto o provecho aparente: como si lo que verdaderamente le moviese fuese la autosatisfacción.

Por eso en el desarrollo de su discurso el Santo concluye el primer libro de la *Noche* haciendo alusión a la *necesidad del cambio*, y lo que en definitiva ese cambio supone y va a suponer en el desarrollo de la persona hacia su plenitud. Ahí vuelve a afirmar la centralidad de este conocimiento propio, como la *puerta abierta al realismo de lo que uno es y a la necesaria asunción de la responsabilidad* que le compete. Un conocimiento de sí que es necesario para que la persona crezca y madure, aprendiendo a no dejarse llevar por la búsqueda de su propia satisfacción espiritual:

“De donde la verdad, que el alma antes no conocía, de su miseria: porque en el tiempo que andaba como de fiesta, hallando en Dios mucho gusto y consuelo y arrimo, andaba más satisfecha y contenta, pareciéndole que en algo servía a Dios; porque esto, aunque entonces expresamente no lo tenga en sí, a lo menos, en la satisfacción que halla en el gusto, se le asienta algo de ello y ya puesta en estotro traje de trabajo, de sequedad y desamparo, oscurecidas sus primeras luces, tiene más de veras éstas en esta tan excelente y necesaria virtud del conocimiento propio, no se teniendo ya en nada ni teniendo satisfacción ninguna de sí; porque ve que de suyo no hace nada ni puede nada. Y esta poca satisfacción de sí y desconuelo que tiene de que no sirve a Dios, tiene y estima Dios en más que todas las obras y gustos primeros que tenía el alma y hacía, por más que ellos fuesen, por cuanto en ellos se ocasionaba para muchas imperfecciones e ignorancias; y de este traje de sequedad, no solo lo que habemos dicho, sino también los provechos que ahora diremos y muchos más, que

se quedarán por decir, nacen, que como de su fuente y origen, del conocimiento propio proceden.” (1N 12, 2)

Importantísimo en nuestro discurso es la última afirmación que aquí nos hace el Santo: “no solo lo que habemos dicho, sino también los *provechos* que ahora diremos y muchos más, que se quedarán por decir, nacen, que *como de su fuente y origen, del conocimiento propio proceden*”.

Ahora sí, el Santo nos dice explícitamente cuál es la dependencia intrínseca en el cambio y maduración de la persona en relación al conocimiento de sí. Me atrevería a insinuar que lo que el Santo intenta decir o evidenciar es la gran centralidad e importancia que tiene esta dimensión en el camino espiritual, y que sin ello no hay posibilidad de avance ni crecimiento. (De los provechos hablaremos más adelante, porque los consideramos como las características que configuran al hombre nuevo nacido, sí de la gracia, pero configurado en el proceso del conocimiento de sí). De nuevo emerge lo que ya sabemos: que la gracia potencia la naturaleza, y por eso es necesario que dicha naturaleza se disponga activa y pasivamente.

Para entender mejor el discurso del Santo vamos ahora a tratar de entrar en el contraste para entender aún mejor la importancia del conocimiento. Primero veremos la dinámica que forja en la persona el no abrirse al conocimiento de sí, para luego presentar la potencialidad del cambio cuando la persona permanece abierta a este conocimiento.

4. LA FALSA IMAGEN DE SÍ DEL PRINCIPIANTE

Aunque no es mi intención abordar la problemática de los vicios de los principiantes que forman buena parte del primer libro de la *Noche*, no puedo dejar de mencionar la importancia que tiene todo ese discurso del Santo en la perspectiva del conocimiento de sí.

Aparte de poner en evidencia la gran experiencia y conocimiento del Santo de la interioridad humana, nos acerca a una de sus grandes preocupaciones pastorales y formativas, tal como antes señalaba. Y evidencia, igualmente, *la gran preocupación por formar personas íntegras y sanas*, y el convencimiento de que *solo el camino espiri-*

tual bien orientado, es la clave de dicho desarrollo. De aquí que ya desde el primer capítulo del libro de la *Noche* el Santo justifica la necesidad del proceso inicial de ayudar al principiante a conocer sus características, especialmente aquellas que ocultamente le impiden el verdadero progreso.

Tal como vamos viendo, resulta evidente cómo en la fase de los principiantes uno de los peores obstáculos y peligros es la falta del conocimiento de sí, que puede potenciar o enredar a la persona en los vicios espirituales que a continuación denuncia el santo. Esto pone en *evidencia la necesidad y urgencia de trabajar y educar desde los primeros pasos del camino espiritual y religioso en el conocimiento de sí*, algo que tanto Teresa como Juan colocan al inicio cuando desde la experiencia contemplan todo el proceso espiritual. (Así Teresa en *Moradas*¹¹ y Juan en *Cántico*¹², donde ambos trazan en su amplitud todo el camino espiritual y lo colocan al inicio mismo del camino). Juan parece hablar en el libro de la *Noche*, en relación a los vicios de los principiantes, de un camino espiritual que se ha forjado simplemente en base a una mentalidad religiosa imperante, y en base a la pretensión inconsciente del ego de ser el protagonista meritorio. Es decir, la carencia de una buena orientación espiritual fundamentada, o la falta de una comprensión de lo que es el camino espiritual del Evangelio, puede fácilmente derivarse en esa actitud del “principiante”. Y de aquí la insistencia del Santo en *hacerle más consciente de que si no se mira en el espejo de su verdad, puede caer en la trampa del autoengaño*. Posiblemente fruto de la ignorancia, y de lo fácil que puede caer la persona —aun con buena voluntad— en la trampa de su propio ego. No en vano en *Llama* nos hablará el Santo del peligro de los *guías ciegos*, ignorantes o inexpertos en los caminos del espíritu y que tanto daño pueden hacer¹³.

En este sentido creo que el Santo se posiciona como aquel que *pretende dar pautas necesarias para salir del autoengaño por falta*

¹¹ 1M 1, 1-2.

¹² CB 1, 1.

¹³ LB 3, 27-29.

de conocimiento de sí. De hecho, siempre insiste en que no toca todas las cuestiones sino las que él considera más importantes y necesarias, porque más desconocidas o menos tratadas. Es fácil que el principiante caiga en el autoengaño y el narcisismo espiritual. Casi un mecanismo de defensa que, en el fondo, es una manera de llenar el vacío presente en la persona —tanto desde la perspectiva antropológica como psicológica y existencial—, hasta que no se va adentrando en el conocimiento de sí y la consiguiente aceptación de sí mismo.

Por eso lo primero es *denunciar las falsas actitudes que emergen en la persona como falta y carencia de un verdadero conocimiento de sí*, que aparece ligado —en este plano religioso— a la consecuente falsa imagen de Dios.

Evidenciar el trasfondo de ciertas actitudes comunes en el camino espiritual, ayuda a percibir cómo *el sujeto atrapado en ello, está corriendo el mayor peligro de su vida: falsear su verdadero yo*, construyéndose una imagen de sí que puede constituirse en el verdadero freno de su crecimiento. Con este análisis, además, el Santo nos presenta un espejo en el que mirarnos en primera persona para lograr identificar todo aquello que nos impide la apertura a lo que verdaderamente somos (aprender a conocerse antes que buscar culpables de nuestras carencias —principal signo de madurez o de inicio del proceso de maduración).

Es más, ahí estaría para el Santo *la clave antropológica imprescindible para que la persona viva los verdaderos y principales valores evangélicos*, sin necesidad de huirlos y autojustificarse con otras actitudes que en el fondo vienen a suplantar la asunción del verdadero yo y de su responsabilidad. Actitudes que alejan a la persona de sí misma, de su responsabilidad, y de la posibilidad de crecer sanamente:

“Pues, como el estilo que llevan los principiantes en el camino de Dios es bajo y que frisa mucho con su propio amor y gusto, como arriba queda dado a entender, queriendo Dios llevarlos adelante, y sacarlos de este bajo modo de amor a más alto grado de amor de Dios” (1N 8, 3).

Así el Santo también nos da las pautas para entender en qué momento o fase espiritual están viviendo las personas, pero también

grupos eclesiales, movimientos etc., que en sus actitudes se desvela el grado de progreso en el camino espiritual y de conocimiento de sí.

Ciertamente *no es solo el peligro de los principiantes*. Nos hará caer en la cuenta, también, del peligro de no cultivar este conocimiento a lo largo de las siguientes fases o etapas del camino. Incluso en estados más elevados del camino espiritual pueden amenazar con inducir a la persona a repetir los mismos errores de los principiantes, y olvidar quién es ella verdaderamente, posicionándose nuevamente sobre la soberbia y la superioridad sobre los demás:

“Porque aquí hace el demonio a muchos creer visiones vanas y profecías falsas; aquí en este puesto les procura hacer presumir que habla Dios y los santos con ellos, y creen muchas veces a su fantasía; aquí los suele llenar el demonio de presunción y soberbia, y, atraídos de la vanidad y arrogancia, se dejan ser vistos en actos exteriores que parezcan de santidad, como son arrobamientos y otras apariencias. Hácense así atrevidos a Dios, perdiendo el santo temor, que es llave y custodia de todas las virtudes; y tantas falsedades y engaños suelen multiplicarse en algunos de éstos, y tanto se envejecen en ellos, que es muy dudosa la vuelta de ellos al camino puro de la virtud y verdadero espíritu. En las cuales miserias vienen a dar, comenzando a darse con demasiada seguridad a las aprensiones y sentimientos espirituales, cuando comenzaban a aprovechar en el camino” (2N 2, 3).

La Noche sanjuanista se convierte así en una *denuncia de los síntomas de un falso e insuficiente conocimiento de sí*: actitudes de vida que demuestran que la persona se ha salido de su propia realidad que ni conoce ni acepta. Pero que puede derivar, si se prolonga en la vida y se enquistaba en ello, en *actitudes verdaderamente enfermizas y fanáticas*.

Podríamos tomar como ejemplo de lectura y diagnóstico lo que reproduce el Santo en el cap. 2 del primer libro, en torno a la soberbia. Es posiblemente la actitud que se relaciona de una manera más directa con las implicaciones del conocimiento de sí. Todos los otros vicios e imperfecciones que trata el Santo también tienen una relación directa con la falta de conocimiento de sí. Es cierto que no es casual que el Santo empiece por la denuncia de la soberbia, que siempre está en el trasfondo de las otras actitudes que ofuscan el verdadero conocimiento de sí.

De lo que nos dice el Santo podemos establecer criterios para un diagnóstico de hasta dónde ha profundizado la persona en el conocimiento y aceptación de sí. Esto le lleva al Santo a identificar en el segundo capítulo de 1N algunas de esas actitudes que evidencian el falso conocimiento de sí y el establecimiento en la soberbia (lo contrario a la auténtica humildad).

- La autosatisfacción en sus obras y en sí mismos (1N 2, 1)
- Vanidad en sus obras espirituales: desde donde toman la prerrogativa de enseñar y condenar a los otros (ib.)
- Incrementan sus ejercicios por soberbia, para que nadie aparezca mejores que ellos y poder condenar a los otros (1N 2, 2)
- Buscan directores que aprueben su modo de actuar y que elogien sus actos (1N 2, 3)
- Presumen de lo que hacen, suelen proponer mucho y en realidad hacen muy poco (1N 2, 3)
- Buscan que los otros se den cuenta de su devoción a través de suspiros u otras actitudes (1N 2, 3)
- Con el confesor habitual buscan “endulzar” sus pecados o buscan otro confesor para sus pecados más graves (1N 2, 4)
- A veces o no consideran sus faltas o se sienten muy irritados pensando que ya tenían que ser santos y se enojan consigo mismos o piden a Dios que les libre de esa imperfección, pero por soberbia. Una señal de que no se aceptan a sí mismos (1N 2, 5)
- Son enemigos de alabar a otros y amigos de que los alaben (1N 2, 5).

Todas estas actitudes evidencian para el Santo una verdadera soberbia espiritual. Son síntomas que en general nos hablan de una verdadera carencia de un conocimiento realista y verdadero de sí, y de una falta de aceptación de sus propios límites y debilidades.

Por el contrario, las actitudes que definen a quienes se abren al conocimiento y aceptación de sí son totalmente opuestas:

“Pero los que en este tiempo van en perfección, muy de otra manera proceden: humildad, tenerse en poco, considerar mejor al otro, tanto más

conocen lo mucho que Dios merece y lo poco que es todo cuanto hacen por él, que los demás los tengan en poco” (1N 2, 6).

Y otros signos que señala el Santo y que son evidencias de un avance en el autoconocimiento y en la humildad: desean y se dejan enseñar (1N 2, 7); se alegran de que alaben a los otros y les apena de no servir a Dios como ellos (1N 2, 7); prefieren decir sus culpas y que se sepan y no sus virtudes; y están dispuestos a ayudar a los que sirven a Dios (1N 2, 8).

Igualmente significativo, en relación con la importancia del conocimiento propio y su centralidad, es lo relativo a la envidia y acidia espiritual que desarrolla en el cap. 7 del primer libro de la *Noche*. Las actitudes que caracterizan a quienes no conociéndose se dejan arrastrar y condicionar por la envidia son:

- Les pesa que los otros progresen, y ellos quisieran ser alabados por todo (1N 7, 1)
- Buscan las cosas espirituales que les proporcionen gusto, huyendo de las otras (1N 7, 2)
- Se dejan condicionar en sus elecciones por el gusto y sabor de su voluntad (ib.)
- Desde su gusto valoran lo que agrada o no a Dios; lo que les satisface es voluntad de Dios y lo que no, no lo es (1N 7, 3)
- Les molesta cuando les mandan hacer lo que no les proporciona gusto (1N 7, 4).

Son solo algunas de esas actitudes que para el Santo denuncian un comportamiento no correcto e infantil, motivado únicamente por la búsqueda de la propia satisfacción, aunque en estos casos aparezca maquillado bajo el rostro de cosas espirituales. Romper con estas actitudes de inmadurez, conlleva abrirse al auténtico conocimiento de sí, tanto el activo forjado en *Subida*, como el pasivo (del cual nos habla aquí en *Noche*), a través del cual Dios intenta ayudar a la persona a que tome conciencia de cuál es la raíz de sus males y errado actuar. Por eso la necesidad de la noche pasiva, como reveladora de la verdad íntima de la persona:

“La necesidad que tienen de que Dios los ponga en estado de aprovechados, que se hace entrándolos en la noche oscura que ahora decimos, donde, destetándolos Dios de los pechos de estos gustos y sabores en puras sequedades y tinieblas interiores, les quita todas estas impertinencias y niñerías, y hace ganar las virtudes por medios muy diferentes” (1N 7, 5).

Aquí solo hemos prestado atención directa a dos capítulos o dos de los vicios capitales como peligros u obstáculos de crecimiento en el camino espiritual. Pero en el fondo el resto remite en gran medida al peligro de apartarse del conocimiento de sí, que deja vía abierta a un fatídico autoengaño en el crecimiento dela persona.

5. HACIA EL HOMBRE NUEVO.

EFFECTOS Y FRUTOS DEL CONOCIMIENTO PROPIO

Pero conocerse no es solo tomar contacto con la gran bajeza y miseria. Eso es solo un aspecto del camino, que le lleva a uno a posicionarse en su verdadero lugar, nunca por encima de los demás, pero sí en la disposición de vestirse del hombre nuevo evangélico, caracterizado por las virtudes de la humildad, amor y abnegación.

El conocimiento de sí no concluye con el descubrimiento de la propia miseria, porque entonces estaríamos frente al roce con la angustia existencial o con la pérdida de un sólido fundamento de la autoestima¹⁴. Aunque en esta ocasión el Santo no lo expresa de manera tan explícita, este camino va a ir llevando al hombre a un modo diferente de percibirse a sí mismo, aprendiendo a descentrar la mirada de sí (porque es ahí donde corre el riesgo de encerrarse en su egolatría o de asfixiarse en su miseria) para ponerla en Dios.

En el proceso de la noche —no lo olvidemos—, el Santo nos quiere llevar a despertar, potenciar y fortalecer en nosotros al hombre nuevo. Ciertamente ello implica un proceso de muerte y resurrección necesario, pero que nunca concluye en el aniquilamiento,

¹⁴ Y así lo clarificaba ya en *Subida*: “Porque, aunque es verdad que el alma desordenada, en cuanto al ser natural, está *tan perfecta como Dios la crió*, pero, en cuanto al ser de razón, está fea, abominable, sucia, oscura y con todos los males que aquí se van escribiendo y mucho más” (1S 9, 3) (la cursiva es mía).

sino como fase hacia la gloriosa resurrección. Al respecto resulta clarividente lo que él mismo nos dice:

“Queriendo Dios desnudarlos de hecho de este viejo hombre y vestirlos del nuevo, que según Dios es criado en la novedad del sentido, que dice el Apóstol (Cl. 3, 10), desnúdales las potencias y afecciones y sentidos, así espirituales como sensitivos, así exteriores como interiores, dejando a oscuras el entendimiento, y la voluntad a secas, y vacía la memoria, y las afecciones del alma en suma aflicción, amargura y aprieto, privándola del sentido y gusto que antes sentía de los bienes espirituales, para que esta privación sea uno de los principios que se requiere en el espíritu para que se introduzca y una en él la forma espiritual del espíritu, que es la unión de amor” (2N 3, 3)¹⁵.

Es genial la idea del vestido tricolor del alma: además de subrayar la centralidad de las virtudes teologales, nos dibuja la situación del hombre que se adentra por el camino de la unión. Y aquí se subraya nuevamente, como don y gracia del camino, un mayor conocimiento de sí:

“Alumbrará Dios al alma, no solo dándole conocimiento de su bajeza y miseria, como habemos dicho, sino también de la grandeza y excelencia de Dios. Porque, demás de que, apagados los apetitos y gustos y arrimos sensibles, queda limpio y libre el entendimiento para entender tal verdad (porque el gusto sensible y apetito, aunque sea de cosas espirituales, ofusca y embaraza el espíritu), y, demás también que aquel aprieto y sequedad del sentido ilustra y aviva el entendimiento” (1N 12, 4).

Este conocimiento de sí ligado al conocimiento de Dios favorece un equilibrio en la persona, que ya no se ve solamente “anulada” en su miseria, sino que se sabe a sí misma en la grandeza de Dios. Parece intuirse tras las afirmaciones del Santo que el crecimiento en el conocimiento de sí, tanto por vía activa como por vía pasiva, va forjando en la persona una verdadera conciencia de la virtud, potenciada por la gracia. Actitud de vida que hace posible centrarse en los valores evangélicos, pero no vividos como mandatos o exigencias, sino como consecuencia de conocerse con una luz nueva, la luz de su Imagen y Creador.

¹⁵ La cursiva es mía.

Esto se percibe en relación al crecimiento que se va forjando en la persona a través de la noche pasiva, donde la adquisición y profundización en el conocimiento propio se convierte en fundamento de la auténtica virtud.

Un ejemplo evidente es en relación con la humildad, que lleva a la persona a ser capaz de posicionarse positivamente frente a las pruebas o dificultades del camino:

“Saca también el alma en las sequedades y vacíos de esta noche del apetito humildad espiritual, que es la virtud contraria al primer vicio capital que dijimos ser soberbia espiritual; por la cual humildad, *que adquiere por el dicho conocimiento propio*, se purga de todas aquellas imperfecciones en que caía acerca de aquel vicio de soberbia en el tiempo de su prosperidad. Porque, como se ve tan seca y miserable, ni aun por primer movimiento le parece que va mejor que los otros, ni que los lleva ventaja, como antes hacía; antes, por el contrario, conoce que los otros van mejor” (1N 12, 7).

Otro efecto o fruto de este conocimiento de sí transformado en humildad, es que de aquí nace un auténtico *amor al prójimo*, “porque los estima y no los juzga como antes solía cuando se veía a sí con mucho fervor y a los otros no. Solo conoce su miseria y la tiene delante de los ojos: tanto, que no la deja ni da lugar para poner los ojos en nadie” (1N 12, 8).

Y, por último, otro fruto ligado a este conocimiento de sí, es la actitud de escucha de los otros, de aprendizaje y obediencia:

“Aquí también se hacen sujetos y obedientes en el camino espiritual, que, como se ven tan miserables, no solo oyen lo que los enseñan, mas aun desean que cualquiera los encamine y diga lo que deben hacer; quítaseles la presunción afectiva que en la prosperidad a veces tenían. Y, finalmente, de camino se les barren todas las demás imperfecciones que notamos allí: acerca de este vicio primero que es soberbia espiritual” (1N 12, 9).

Estos elementos subrayados por el Santo como parte de los efectos de la noche pasiva, por el hecho de aparecer ligados al crecimiento del conocimiento de sí, nos ayudan a ver cuán importante resulta su consideración en el camino de crecimiento humano y espiritual. Es un aspecto más a tener en cuenta a la hora de concebir la unidad del camino místico y espiritual, como un verdadero y necesario proceso de humanización.